

SITUACION ACTUAL DEL ESCRITOR LATINOAMERICANO

por Angel Rama

★ **ES TEMA RECURRENTE** de los coloquios intelectuales en cualquier punto de las Américas. Por lo mismo, para tratarlo, así como por el tufido a pedagógico origen francés, respondo a un consabido planteo, postula actitudes, discusiones, matices y hasta soluciones que pertenecen al común tradicional y que a veces lindan con los ejercicios retóricos: sirve para hablar sin comprometer a nadie. Desprende con insistencia el subtema de la incongruencia entre los países latinoamericanos como si ellos sólo dependieran de la buena voluntad de los intelectuales; enfrenta aspiraciones universalistas con regionales; manosea la paciente ambición de ser aceptos por los europeos, cuando no el exhibicionismo de la gloria periodística.

A pesar de todo es un problema tan real como urgente de nuestra América, y no pareció desafortunado que el concluir nuestros cursos en Valparaíso, nos reuñeramos los profesores de letras de la Escuela Interzonal — María Brunet, Benjamin Subercaseaux, Enrique Bello, Istidro Sabelta, Manuel Hubner, Mario Ciudad, quien esto firma — junto a profesores visitantes — Juan Marín, E. Rodríguez Monegal, Mariano Picón Salas — para exponer a la reunión de nuestros alumnos las convicciones de cada uno sobre el tema.

El aspecto más erizado, así a la palabra "actual" del título otorgamos tal sentido, es el deterioro creciente que en las sociedades latinoamericanas padece la tarea del escritor. Éste se ha transformado en un hombre incomodo para sus contemporáneos de más distinta procedencia, un hombre que incomoda, uno de esos individuos de quienes se sabe que sus estudios de armas secretas pero acerca del uso que les den no se está en absoluto seguro. Por lo mismo se lo mira con desconfianza — en primer término los gobiernos, en segundo las instituciones, en tercero y no último los marcos corporativos — ya que su acción se estima ineficaz, personal, sobre todo, inconformista.

No es novedad si atendemos al panorama mundial. Lo es en nuestra América, testimonio el fin de que ésta ha comenzado a participar de la vida moderna. De otro modo, que ha entrado en una escena desgarrada. A tal estado de inquietud se ha llegado por dos evoluciones paralelas — el mundo y los escritores — que en definitiva son una sola.

Hemos entrado a esta sociedad de masas que es el siglo XX, donde los medios de comunicación y de acción intelectual han sido monopolizados por grandes estructuras de poder — la radio, la prensa, el cine, la TV, las propias editoriales — que actúan en función de sus intereses económicos, políticos y sociales; o, en otros casos, monopolizados por un estado que también los usa en la defensa y la imposición de sus intereses. Hemos leído con dispuesta aceptación libros como el de Wright Mills *La élite del poder* que se refería a los Estados Unidos. Conviene que leamos también libros como el del joven economista chileno Ricardo Lagos Escobar *La concentración del poder económico*, cuyas tres ediciones en su sola vida, marcaron la concentración que al país elevaba en tierra nacional al séptimo semestre. Presume que ha seguido la sucesión de los restantes países del continente, uniformados sólo por el ejemplo norteamericano.

El escritor, el intelectual, es elemento indispensable para poner en buen funcionamiento estos mecanismos masivos cuya finalidad ideológica ya no pasa desapercibida. Pero no es él quien libremente, los orienta, sino que en ellos oficia de servidor de intereses que muchas veces están en contra de sus convicciones acendradas. Desde luego en contra de las superiores necesidades nacionales, y de la función específica del escritor. La supervivencia personal de éste — es decir, que viva de su oficio — está amarrada por los propietarios de los medios de comunicación, que pertenecen, simultáneamente, a los explotadores de regalías: si con ellos transa

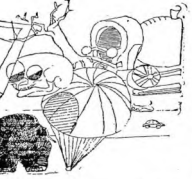


vulnera los principios de su oficio, contribuye a pervertir a las masas y, en el mejor de los casos, como ya se ha dicho, espolvorea azúcar sobre la torta envenenada.

Esta situación ha abierto ancho vía al oportunismo y al triunfo de la mediocridad: tentado por el éxito rápido que los monopolizadores detentan, por la gloria súbita (y efímera, ay!) que dispensan, por la comodidad económica, muchos han trepado con júbilo este Gólgota. Con todo hay otro tipo de intelectual que, para Pedro Salinas, es más innoble que este mediocres: se

trata de aquel "que con soltura bastante para elejir escoge lo peor, porque le granjea mayor ganancia momentánea, se hace rey de tracción a su conciencia de creador, a su responsabilidad social, a todo". En un mundo dominado por las monopolizaciones económicas, el escritor tiene un precio. Quizás el más fácil de comprar sea aquel convencido de la "intangibilidad independiente" de su función.

Pero semejante tensión dramática no sería perceptible sin una transformación paralela del escritor, pues ya Juan Marinello llamaba la atención acerca de la naturalidad con que Rubén Darío en su autobiografía habla de sus servicios a dueños de periódicos



cos o a gobernantes cuyas ideas, programas y hasta moral, condena. El hombre de letras actual está muy lejos del esteticismo sensualista y apolítico del 900, y muy lejos también de la actitud aristocrática y lúdica de los escritores del veinte. Para él el mundo se ha hecho serio y dramático, de tal modo que la realidad le propone e impone día a día un compromiso. Dos grandes temas tienen ese compromiso en nuestro momento: la que viene de lo social o la que viene de la metafísica, que a veces van entrecruzadas y otras en pugna simplista.

Se prefiere una u otra, es cierto que ambas son abordadas con la convicción del riesgo que presuponen y de la necesaria participación beligerante que promueven. Se diría que el escritor no actúa en función de la simple ambición de la belleza — según este módulo establecido por la concepción renacentista — sino que llega a ella o evita en ella, movido por otras ambiciones, dicentes. El escritor se siente responsable ante el mundo que integra y su arte es el instrumento con que acciona dentro de él.

Este mundo no puede ser mirado con el arrebató de la pureza romántica: el escritor reconoce, viéndolo y actuando en él, que ha perdido su inocencia, y se enfrenta al mundo en esa posibilidad largamente endiosada por el liberalismo, de la "independencia" de la literatura y su autonomía. O sea, reconoce que esa "independencia" que se le prodigaba era el modo de balaguearlo en el mismo momento en que actuaba como servidor de una clase, de una política, de una estructura económico-social. Antonio Gramsci llama a decimas "Eris" la "tendencia" (de creerse independientes del grupo social dominante) que carece de conciencia en el campo ideológico y político, consecuencia de

esto alcanza: toda la filosofía idea lista se puede reducir fácilmente a esta posición asumida por el complejo sistema de los intelectuales y dejarse la expresión de una actitud concreta, sobre la cual los intelectuales se creen "independientes", autónomos, inestados de sus propios caracteres y valores.

La falsedad de esa utopía queda demostrada, fehacientemente, en el instante en que el intelectual renuncia su ventura, y se actúa en una clase dominante. De inmediato ésta toma todas las medidas, echa por tierra todos sus recursos, impugna a la libertad y se renueva a impedirle actuar. Hay ejemplos. El libre comercio latinoamericano, con su libertad en la circulación de las armas, y sólo se opuso tenazmente a la circulación de las armas, desarrollando óptimo optimismo, sobre la violencia, etc. Pero la verdad es que tal libertad correspondió exclusivamente al período en que las ideas de los escritores que las expresaban — tenían muy poca posibilidad de desarrollo en pueblos mayoritariamente analfabetos, con minorías carentes de fuerzas, tanto económicas como intelectuales, para transmitir sus pensamientos.

En cuanto la alfabetización — aunque deficiente — permitió una mayor ilustración, en cuanto comenzaron a circular libros, folletos, revistas que aportaban una nueva filosofía y por lo tanto una transformación moral, de la sociedad, se fue paulatinamente al régimen de la censura, explícita o implícita. La posibilidad de una reciente libre americanización, sobre la que se especuló en las adunas de tres países americanos, la molesta de un escritor — algunas camisas, pañuelos con regalos y muchos libros — fue cuidadosamente revisada, no para buscar contrabando de cocaína o metales preciosos sino para saber qué libros traía. En un país de tres pugnadas libertades como México, asistió a la aparición de un nuevo código intelectual: el crítico bibliográfico al servicio del estado encargado de fiscalizar lo que llaman "material subversivo" sin definirlo ni sancionarlo. Sólo baja cuando las valijas contienen libros y separa aquello que afecta "la seguridad del estado". Claro que con sus conocimientos intelectuales — permitásemos esta pequeña insistencia sobre un colega — están a la altura de sus funciones, y en mi caso particular separó un folleto de opinión titulado "Vuelta de la antigua esperanza" (Mala palabra en América la palabra esperanza); y otro titulado "La trayectoria narrativa de Enrique Labrador Ruiz". El muy democrático Triguera en el exento de tales prácticas discriminatorias.

Como el aprendiz de brujo: tanto ha hecho el escritor para que su acción sea libre y sus palabras sean libres — fuera eficaz, que al fin lo ha logrado. Lo grave de esta América Occidental no son las armas, son los libros y defender arduamente su libre circulación es condición básica para la mayor evolución de nuestras sociedades. El escritor como hombre tendrá poder solo que padezcan los demás hombres: sus libros, sus palabras, pertenecen a una pugna más elevada que, sin embargo, el mundo no quiere aceptar. Porque esta situación derriba los límites de Latinoamérica: un espacio libre y más libre que cualquier otro. "Yo trabajo de puente, vivo de la guerra fría". Efectivamente, su trabajo consiste en venderle a los países socialistas los libros que éstos necesitan.

(Pasa a pág. siguiente)

Situación actual del escritor latinoamericano

(Véase de pag. anterior)

Esta persecución a las ideas, en los tiempos revueltos que se avecinan en Latinoamérica, es anunciadora de calamidades para los escritores, más aún que para los demás hombres, pues son ellos quienes detentan esas armas peligrosas —el arte, la cultura— como lentamente comprenden las clases dominantes; las mismas armas que antes defendieron. Durante décadas y decenas de años los escritores se lamentaron de la incomunicación entre los países del continente y de la mala circulación de sus libros; los gobiernos nada hicieron por remediar ese mal, ni tampoco la OEA cuyos fondos culturales acaban de ser reducidos según confesión del chileno Juan Marin. (Significativo.) Sólo algunas editoriales fueron capaces de mantener la respiración intelectual. Hoy esos mismos gobiernos, o al menos la mayoría, está resuelta a una acción positiva para amordazar la cultura. Aceptarían una creación que no les incomodara, es decir una literatura amodorrante; ya no pueden aceptar la creación incómoda que hacen estos hombres incómodos que son los escritores actuales a quienes dirige la pregunta rubendiana: ¿Por qué no canta ahora con aquella locura armoniosa de saeta? sin comprender que esto nuevo que les desagrada por su aspereza y violencia es la transformación de la historia misma que ellos contribuyeron a desarrollar con su torpeza. Pero los pueblos, que tampoco se esforzaron por la comunicación intelectual entre los varios países del continente, y a los que tenía y tiene sin cuidado si los libros americanos son aceptos por Europa están en cambio decididos a defender a aquellos escritores que tomen la responsabilidad de sus intereses, que así vez de independientes, quieran ser dependientes de la verdad, de la justicia, de la solidaridad humana.

El escritor padece un proceso de transformación difícil al que se ha enfrentado con coraje y lucidez. Se sabe ejercitante de un superior servicio social y custodio de una gran tradición de cultura de la que sabe que no es patrimonio de ninguna clase, sino de la sociedad humana. Pero comprende ya que aquella propensión autocrática sólo podía conducir, y eso en el mejor de los casos, a la constitución de una casta tradicional, una familia de mandarines. Romper con la clase dominante, enjuiciarla en las consecuencias directas de su actividad descomunal, y ambicionar una creación destinada a dignificar, elevar el nivel de un pueblo, heredero legítimo de la cultura, es su compromiso hoy.

Pero tal acción creadora, que es la más auténtica y valerosa de nuestra actualidad, no sólo considerándose el destino de nuestras nacionalidades, sino, sobre todo, el mayor enriquecimiento de la cultura misma, encontrará la oposición de los monopolistas. A la auténtica y renegada creación, ellos opondrán el producto mercantilizado de sus servidores —cada vez más agónico, fantasmal, escéptico, frívolo e torpe— sin comprender la inutilidad de su intento: no hay pueblo que pueda alimentarse permanentemente con tales nutriciones espúreas.

El escritor tiene su cara de triunfo en la manga: sus espíritu, amordazado, triturado por el estado o por sus instrumentos, seguirá creando. Y esta creación recibirá la intensa temperatura de esa experiencia, se enriquecerá en esa vida profunda y dura. Confío en que será más rica, más humana, más artística.